

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
INFANTIL 2012



Parque Muerte

Fernando Lalana

edebé

R. P. 2012

Parque Muerte

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA INFANTIL **2012**

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
INFANTIL 2012



Parque Muerte

Fernando Lalana

edebé

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Infantil según el fallo del Jurado compuesto por: Teresa Colomer, Pep Durán, Esperanza Nova, Roberto Santiago y Vicenç Villatoro.

© Fernando Lalana, 2012

© Ed. Cast.: Edebé, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño: Francesc Sala
© *Ilustración de cubierta:* Roger Olmos

Primera edición: enero 2012

ISBN 978-84-683-0428-1
Depósito Legal: B. 32182-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

L

a verdad es que, cuando leí la noticia en el periódico, yo también pensé que aquellos pobres multimillonarios habían perdido el juicio.

¿A quién sino a un loco de atar se le podía ocurrir tamaño disparate? No hacía falta ser un genio de las finanzas para darse cuenta de que semejante negocio tenía que desembocar, a la fuerza, en un fracaso monumental. Como intentar vender helados con sabor a pingüino en el Polo Sur: la ruina caracolera.

Para empezar, hacía ya casi una década que había pasado la moda de los parques temáticos.

Ya sabéis a lo que me refiero: Eurodisney, Parque Warner, Terra Mítica..., en fin, todas esas horribles instalaciones, esa especie de inabarcables campos de tortura veraniegos en cuyo territorio miles de inocentes familias se sometían voluntariamente a pasar una interminable jornada de padecimientos, empujados casi siempre por la impertinencia de sus hijos más pequeños.

Es cierto que estos parques tuvieron su época dorada y reconozco que incluso gozaron de unos años de cierto éxito. Y, conste, lo puedo entender: la novedad, el ansia de emular los modos de vida norteamericanos, los deseos de los niños —que yo comparto— de conocer en persona al pato Donald y de hacerse una foto junto al Pájaro Loco. Bien, bueno. El atractivo de unas montañas rusas cada vez más altas y vertiginosas... Vale, un sarampión que había que pasar.

Pero, como es lógico, al cabo de un tiempo, la gente —que no es tonta del todo, en contra de lo

que suponen los amos del mundo— se percató de que aquellos tinglados disparatados no eran sino el instrumento suficiente y necesario para una estafa de dimensiones internacionales.

¡Sí, una estafa! Porque de ningún otro modo se puede denominar al hecho de exigir cincuenta euros por persona a cambio de pasearse durante unas horas por un descomunal decorado teatral donde todo era falso. ¡Todo! Los lagos, las cascadas, la selva, las ruinas de viejas civilizaciones, los dinosaurios, el lejano Oeste... ¡Pero si hasta los árboles eran de cemento, por Dios! Un calorazo insoportable, todo el día inmersos en una desquiciante aglomeración de gente en bañador y chanclas, sudando y gritando en dieciséis idiomas distintos. La excusa de las atracciones, pura engañifa también: hora y media de fila angustiosa para minuto y medio de sobresaltos que te dejaban el cuerpo al borde de la náusea. Es verdad: si no querías hacer fila, te podías sacar

un *fast-pass*: otros cincuenta euros por cabeza. Si querías comer, cincuenta euros. Si te apetecía una Coca-Cola, cincuenta euros. Una foto en el Tiburón Monster con cara de imbécil aterrorizado, cincuenta euros. ¡Hombre, por favor...! Ya que lo menciono, recuerdo que una vez monté en el Tiburón Moster, «la atracción más vertiginosa de Europa». Mi hermana me había chantajeado para que llevase a Ernesto a pasar el día en EmociónCity. Ernesto es su hijo y reconozco que es mi sobrino favorito, dado que es el único que tengo. En aquel momento, acababa de cumplir los diez años. Ernesto, me refiero, no yo. Diez años como diez garrotazos en la nuca, tenía el niño. El muy insensato se empeñó en que subiésemos al Tiburón Monster. Reconozco que tuvimos suerte y solo hicimos cincuenta y seis minutos de fila. Por fin, me senté a su lado, nos inmovilizaron con barras metálicas, como a los reclusos peligrosos y a los monos de laboratorio, y nos pusimos en marcha.

¡Virgencica del Pilar...!

Cuando bajé de la vagoneta (en realidad, me bajaron las asistencias del parque), tuvieron que suministrarme oxígeno durante diez minutos y ya nunca volví a ser la misma persona. Desde entonces, si oigo la palabra «tiburón» (por ejemplo, en la frase «Ayer conocí a un bonito tiburón») o la palabra «Monster» (por ejemplo, en «Ayer visité a la familia Monster»), me entran unos temblores muy raros; y mareos; y me tengo que tumbar en un sofá. Si me sucede en la calle, me tengo que tumbar en un banco público. Y si no hay banco alguno a la vista, me tengo que tumbar en la acera, con el consiguiente revuelo ciudadano. Un incordio. Todo, culpa de EmociónCity. Y de Ernesto. Y de mi hermana, la madre que lo parió.

Por cierto, no estará de más, llegados a este punto, recordar que fue EmociónCity el último de los grandes parques temáticos mundiales en

echar el cierre. Tuvo su mérito aguantar tanto tiempo, no cabe duda, pero al final, cayó también. Se resistieron a la crisis como cosacos, pero en el mes de octubre de aquel año en que el parque recibió menos visitantes que el personal necesario para su mantenimiento, se rindieron a la evidencia de que la gente se había cansado de que la estrujaran, la sacudieran, la remojaran, la empujaran al vacío y la centrifugaran a precios de marisco gallego.

Yo creo que la puntilla para aquel negocio indecente, lo que realmente terminó por abrir los ojos del público, fue descubrir que Mickey no era realmente un ratón enorme, sino un tipo disfrazado que ni siquiera había terminado la enseñanza secundaria. Una decepción colosal para miles de ciudadanos. También para mí.

Por eso, cuando diez años después del cerrojazo de la era Disneylandia, la multinacional ar-

mamentística española «Pistolas y proyectiles, S. A.» (PISPROSA) anunció su intención de crear su propio parque temático, la reacción de los mercados financieros fue, primero, de incredulidad. O, más bien, de estupor, diría yo. Durante las primeras cuarenta y ocho horas tras el anuncio, no ocurrió nada reseñable porque, imagino, todos los *brokers* de la zona euro se quedaron encasquillados por la sorpresa. Nadie sabía qué pensar ni qué hacer. Muchos creyeron que era una inocentada, pese a estar en febrero.

Al cabo de esos dos días, Samuel Bocanegra, el portavoz de la empresa, confirmó la noticia y concretó que el consejo de administración había decidido realizar una oferta por los terrenos y las instalaciones en desuso del viejo EmociónCity para reconvertirlo en su nuevo proyecto; y que con él calculaban atraer a seis millones de visitantes cada año.

A partir de ese instante, se abrió la veda. La

hilaridad fue general y PISPROSA pasó a convertirse en el hazmerreír del mundo empresarial. En tan solo cuatro días, sus acciones se desplomaron en Bolsa más de un 30%. El resto de los fabricantes de armas y municiones se llevaban las manos a la cabeza ante el disparate perpetrado por sus colegas españoles.

Por suerte para ellos, apenas unos días después, a mediados de marzo, se desató una guerra entre dos minúsculos países de África central y los títulos de PISPROSA recuperaron rápidamente su cotización habitual. Ya se sabe: todo pequeño conflicto armado tiene posibilidades de crecer y desarrollarse hasta límites insospechados. O eso debieron de pensar los inversores, mientras se frotaban las manos.

Y así, el tema del parque temático, valga la redundancia, cayó en el olvido hasta que, un año más tarde, casi por sorpresa, para no conceder mucho tiempo de reacción a los analistas eco-

nómicos, la multinacional española inauguró su complejo de ocio familiar.

Y a pesar de todos los malos augurios, fue un éxito incontestable desde el primer día.

Northrop Grumman, Litton, Boeing, Lockheed Martin y el resto de los grandes fabricantes de armamento se dieron cuenta de que sus colegas españoles habían dado en la diana y se tiraron de los pelos durante semanas, verdes de envidia.

Los primeros meses de funcionamiento fueron de ensueño. Se superaron todas las expectativas. Durante el primer año, el nuevo parque recibió casi ocho millones de visitantes. Y, lo más increíble: por primera vez en la historia de las encuestas del CIS, la popularidad de una multinacional armamentística abandonó el cero absoluto para alcanzar magnitudes inauditas, cercanas al cuatro sobre diez. Lo nunca visto.

Sin embargo, no todo iba a ser felicidad. Cuando se cumplía un año de su puesta en marcha comenzó a darse una situación realmente inaudita y, en cierto modo, aterradora, que podía dar al traste con los planes de sus propietarios y con todo cuanto, hasta ese momento, había salido a pedir de boca. Una situación que, por supuesto, se ocultó a la opinión pública.

Los responsables del parque trataron de develar por su cuenta las causas del extraño fenómeno. Durante varios meses, lo analizaron desde todos los puntos de vista a su alcance sin lograr darle explicación. Por fin, cuando las autoridades les amenazaron con tomar cartas en el asunto, desde el departamento de seguridad decidieron pedir mi ayuda.

Podían haber elegido a cualquiera con mis características. A alguien como yo. Pero me eligieron, precisamente, a mí. Podría pensarse que en esa decisión pesó mi currículum, con una década

de servicio en la policía local, donde alcancé el empleo de teniente; dos años en La Legión, de donde salí con el grado de cabo primero; y otros dos años, los últimos, con dedicación exclusiva a la investigación privada, donde, modestia aparte, he logrado algunos éxitos llamativos.

Pero, en el fondo, yo sé que me eligieron por ese punto adicional de confianza que supone una vieja amistad. Así es como se funciona en este mundo, nos guste o no. Por recomendación.

Quizá ya sea hora de que me presente: me llamo Andrade.

Dolores Andrade.

Lola, para los amigos.